

nieves, se acerca, llega, ladra de alegría: un solitario le sigue.

No bastaba haber expuesto veces mil su vida para salvar á los hombres, y haberse retirado para siempre en el centro de las más espantosas soledades. Era preciso aleccionar á los animales, y convertirlos en instrumentos de esas obras sublimes, inflamándoles, por decirlo así, en la ferviente caridad de sus dueños; sus ladridos en las cumbres de los Alpes, debían hacer repetir á los ecos los milagros de nuestra religión.

Y no se diga que la mera humanidad pueda producir tales portentos; porque, ¿en qué consiste que nada se encuentra parecido á ellos en esa antigüedad, por otra parte tan sensible? Y se habla de la filantropía! Solo la religión cristiana es filántropa por excelencia. Inmensa y sublime es la idea que hace del cristiano de la China un tierno amigo del cristiano de la Francia, y del salvaje neófito un sincero hermano del monge egipcio! Ya no somos extranjeros en la tierra, ni podemos ya extraviarnos en ella. Jesucristo nos ha restituido la herencia que el pecado de Adam nos robó. ¡Cristiano! Ya no hay mares ni desiertos ignorados para tí; en todas partes hallarás el idioma de tus abuelos y la cabaña de tu padre!

## CAPITULO VI.

### CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Trapenses, cartujos, monjas de Santa Clara, padres de la Redención, misioneros, Hijas de la Caridad, etc.

TALES SON las costumbres de algunas órdenes religiosas de la vida contemplativa; pero estas cosas no son agradables, sino en cuanto están unidas á la oración y meditación; suprimáse de ellas el nombre y la presencia de Dios, y se destruirá casi enteramente todo lo que tienen de maravillosas.

¿Queréis ahora trasladaros á la Trapa, y contemplar aquellos monges, que vestidos de un saco, abren sus propias sepulturas? Vedles vagar cual una sombra por el extenso bosque de Mortagne, y á orillas de aquel solitario estanque. Observan un silencio profundo, y si hablan á su encuentro, es solo para decirse: *Hermanos, morir habemos*. Estas órdenes rigurosas del Cristianismo eran unas escuelas de moral en acción, y ofrecían en medio de los placeres del siglo, altos modelos de penitencia, y continuos ejemplos de la miseria humana á los ojos del vicio y de la prosperidad.

¿Qué espectáculo el de un monge de la Trapa moribundo! ¡qué sublime filosofía, y qué lección para los hombres! Tendido sobre un poco de paja y ceniza en el santuario de la iglesia, sus hermanos á su alrededor y en profundo silencio, se mueven á la virtud, en tanto que la campana fúnebre anuncia la agonía. Los vivos exhortan al enfermo á dejar animosamente la vida; pero el moribundo habla de la muerte sin inmutarse. Ya á las puertas de la eternidad, debe conocerla mejor que otro alguno, y con una voz que resuena entre los cadáveres y sepulcros, excita con autoridad á sus compañeros, y aun á sus superiores, á la penitencia. ¿Quién no se enternece viéndolo al religioso que vivió tan santamente, dudar aun de su salvación al acercarse el momento terrible? El Cristianismo ha tomado del sepulcro su divina moralidad. Por la muerte alecciona la vida; que si el hombre actual hubiese permanecido inmortal, nunca tal vez, se hubiera conocido la virtud.

Así la Religión ofrece en todas partes las más instructivas é interesantes escenas: allí unos santos mudos practican los trabajos de la siega y la vendimia; aquí las hijas de Clara pisan con blanco y desnudo pié las heladas tumbas de su claustro. No se las crea, sin embargo, desgraciadas en medio de sus austeridades: sus corazones son puros, y sus ojos se

elevan al cielo, en señal de deseo y de esperanza. Una túnica de lana parda es preferible á los suntuosos trajes comprados á costa de la virtud, y el pan de la caridad es más salutar que el de la prostitución. ¿De cuántos pesares no libraba á esas vírgenes el sencillo velo que se interponía entre ellas y el mundo!

Necesario era un talento superior para describir dignamente los objetos que se ofrecen á la consideración. El más cumplido elogio de la vida monástica, sería el catálogo de los trabajos que han sido su objeto. La Religión, abandonando á nuestro corazón el cuidado de nuestras alegrías, solo ha tomado parte, cual una tierna madre, en nuestros dolores; pero en obra tan inmensa como difícil, llamó en su ayuda á todos sus hijos é hijas. Confió á unos el cuidado de nuestras enfermedades, como á esa multitud de religiosos y religiosas destinados al servicio de los hospitales; cometió á otros el de los pobres, como á las Hermanas de la Caridad. El padre de la Redención, que se embarca en Marsella, ¿dónde vá solo con su breviario y su báculo? Este conquistador marcha al rascate de la humanidad, y los ejércitos que le siguen son invisibles. Con los recursos materiales de la caridad en la mano, corre á desafiar la peste, el martirio y la esclavitud. Acércase al bey de Argel, y le habla en nombre del Rey celestial, de quien es embajador. Atónito el bárbaro, al ver al extraño europeo, que arrostrando los mares y las tempestades, se atreve á ir solo á reclamarle los cautivos, cede á una fuerza desconocida y acepta el oro que le presenta; y el heroico libertador, satisfecho por haber restituido los infelices á su patria, regresa á pié, obscuro é ignorado á su monasterio.

Vemos por donde quiera el mismo espectáculo: el ministro que parte á la China, encuentra en el puerto á otro que vuelve del Canadá, mutilado y glorioso, la hermana de la Caridad corre á socorrer al indigente en su choza, el capuchino vuela al incendio; el hermano hospitalario lava al caminante los piés; el agonizante consueta al moribundo; el enterrador carga con el cadáver del pobre que ha fallecido; la hermana de la Caridad sube el último piso á prodigar el oro, el vestido, y la esperanza; aquellas hermanas llamadas con tanta razón *hijas de Dios*; traen y llevan de una parte á otra caldos, bilas y medicamentos: la hija del Buen Pastor tiende sus brazos á la prostituta, y le dice: *No he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores!* El huérfano encuentra un padre, el doliente un médico, el ignorante un maestro. Todos estos obreros de obras celestiales se apresuran y estimulan reciprocamente, mientras la Religión con una corona inmortal en la mano les grita: «¡Animo, hijos míos, ánimo! ¡Daos prisa, sed más veloces que los males en la carrera de la vida! mereced la corona que os preparo, y que os redimirá de todos los males y de todas las necesidades.»

En medio de tantas pinturas, cada una de las cuales merece volúmenes de descripciones y elogios, ¿en qué escena detendremos particularmente nuestra consideración? Hemos hablado de los hospitales establecidos por la Religión en los desiertos de las cuatro partes del mundo: examinemos ahora otros objetos.

Hombres hay para quienes el nombre de capuchino es objeto de risa; lo cierto es, no obstante, que un religioso del orden de San Francisco era por lo común un personaje noble y sencillo. ¿Quién de nosotros no ha visto á dos hombres venerables, viajar por los campos hacia el día de los Difuntos al acercarse el invierno, y en tiempo de vendimia? Pidiendo hospedaje por los antiguos castillos, llegaban al anochecer ambos peregrinos á uno de ellos, subían el desgastado escalon, dejaban sus báculos y alforjas detrás de la puerta, llamaban y pedían hospitalidad. Si el dueño se la negaba, estos huéspedes del Señor le hacían una humilde cortesía, se retiraban en silencio, volvían á tomar las alforjas y los báculos, y sacudiendo el polvo

de sus sandalias, iban en las tinieblas de la noche en busca de la cabaña del labrador. Si por el contrario eran recibidos, después de haberles servido agua para lavarse, al uso de los tiempos de Jacob y de Homero, iban á sentarse al hogar. Imitando la costumbre de los antiguos siglos, y á fin de granjearse el favor de los señores, y amando también como Jesucristo á los niños, empezaban por acariciar á los de la casa, y les daban estampas y reliquias. Los niños, que asustados al pronto habían huido, atraídos luego por estas maravillas, se familiarizaban hasta jugar entre las rodillas de los buenos religiosos. Sus padres contemplaban con una sonrisa llena de ternura, tan sencillas escenas, y el admirable contraste de la graciosa juventud de sus hijos, con la respetable ancianidad de sus huéspedes.

La lluvia, y la ráfaga de viento de los muertos, azotaban por fuera las ventanas, las chimeneas y las almenas del gótico castillo, y el mochuelo chillaba sobre el tejado. Cave un ancho hogar se sentaba la familia á la mesa: el convite era cordial, y afectuosos los modales. La hija del señor dirigía tímidas preguntas á sus huéspedes, y estos alababan con gravedad su belleza y modestia. Los buenos religiosos divertían á toda la familia con sus agradables conversaciones; narraban alguna interesante historia, porque habían aprendido cosas notables en sus remotas misiones entre los salvajes de América, ó en los pueblos de la Tartaria. Al mirar la larga barba y el ropaje del antiguo Oriente, y al considerar cómo pedían hospitalidad, renovábase la memoria de aquellos tiempos en que los Tales y los Anacarsis viajaban de esta manera por el Asia y la Grecia.

Terminada la cena, la señora del castillo llamaba á sus sirvientes, y se invitaba á uno de los padres á rezar en común las acostumbradas oraciones; retirábanse luego los religiosos, deseando toda suerte de prosperidades á sus bienhechores. Por la mañana buscábase á los ancianos caminantes, que ya se habían ausentado, no de otro modo que aquellas santas apariciones que visitaban alguna vez al hombre justo en su retirada mansion.

Si ocurría algo funesto, ó algun encargo que los hombres enemigos de las lágrimas se negarian á aceptar, temiendo acibarar sus placeres, cometíase el caso á los hijos del claustro, especialmente á los padres del orden de San Francisco, pues se suponía que unos hombres que se habían consagrado á la miseria, debían ser naturalmente los heraldos de la desgracia. Quién llevaba á la familia la desastrosa noticia de la pérdida de su fortuna; quién comunicaba la del fallecimiento de un hijo único. El gran Bourdaloue cumplió también esta triste obligación: presentábase en silencio á la puerta del padre, cruzaba las manos sobre el pecho, se inclinaba profundamente, y se retiraba en silencio, como la muerte, cuyo intérprete era.

¿Se creará que estas cosas causaban placeres (es decir placeres al estilo del mundo), muy gratos á un descalzo, á un carmelita, ó un franciscano, cuando en medio de las prisiones tenían que ir á anunciar la sentencia al criminal, oírle, consolarle, y sentir días enteros traspasada el alma por las más dolorosas escenas? Háse visto en estos actos piadosos caer hilo á hilo el sudor de la frente de estos compasivos religiosos y mojar su capilla, baciéndola eternamente sagrada, á pesar de los sarcasmos de la filosofía. Y no obstante, ¿qué honor, qué provecholes resultaba de tantos sacrificios, sino la burla de los mundanos, y las injurias de los mismos presos á quienes consolaban? Pero á lo menos, por ingratos que fuesen los hombres, ya habían confesado su impotencia para los grandes contrastes de la vida, abandonándolos á la Religión, único verdadero sosten en el último grado del infortunio. ¡Oh apóstol de Jesucristo! De qué catástrofes no eras testigo, cuando al lado del verdugo no temías

salpicarte con la sangre de los criminales, mostrándote su último amigo! Véase aquí uno de los más sublimes espectáculos de la tierra: á los dos ángulos del cadalso están en pie la justicia humana y la divina. Implacable la una, se apoya sobre una cuchilla, y la desesperación la acompaña; la otra, con un velo empapado en lágrimas, se deja ver entre la piedad y la esperanza: aquella tiene por ministro á un hombre sanguinario, esta á un hombre de paz; la una condena, la otra absuelve. «Inocente ó culpable, dice la primera á la víctima, ¡muere!» La segunda le grita: «¡Hijo de la inocencia ó del arrepentimiento, sube al cielo!»

## LIBRO CUARTO.

### MISIONES.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### Idea general de las misiones.

VÉASE otra de aquellas grandes y nuevas ideas peculiares á la religión cristiana. Los cultos idólatras no conocieron el entusiasmo divino que anima al apóstol del Evangelio. Ni aun los antiguos filósofos abandonaron jamás las hermosas alamedas de Academio, ni las delicias de Atenas, movidos de un sublime impulso, para ir á domar la ferocidad del salvaje, instruir al ignorante, sanar al enfermo, vestir al desnudo, y establecer la concordia y la paz entre enemigas naciones. Pues bien: esto es lo que han hecho los religiosos cristianos, y lo que hacen todos los días. No les detienen ni los mares, ni los hielos del polo, ni el fuego del trópico; viven con los esquimales en su odre de piel de vaca marina; se alimentan de aceite de ballena con los de Groenlandia; con el tártaro ó el iroqués, recorren la soledad; cabalgan en el dromedario del árabe, ó siguen al cafre errante por los abrasados desiertos; los chinos, los japoneses y el indio, han llegado á ser sus neófitos; no hay isla ni escollo en el Océano, oculto á su celo; y como en otro tiempo faltaban reinos para la ambición de Alejandro, falta hoy tierra á la caridad de estos fervorosos conquistadores.

Una vez regenerada la Europa, y viendo en ella estos predicadores de la fe una gran familia de hermanos, volvieron los ojos hacia aquellas remotas regiones, donde perecían aun tantas almas en las tinieblas de la idolatría. Movidos á compasión al ver esta degradación del hombre, sintiéronse animados de un deseo inmenso de verter su sangre por la salvación de aquellos pobres extranjeros. Al efecto, era preciso penetrar espesas selvas, atravesar lagunas impracticables, rios peligrosos, é inaccesibles rocas; arrostrar naciones crueles suspicaces y supersticiosas; vencer en unas la ignorancia de la barbarie, y en otras las preocupaciones de la civilización; mas tamaños obstáculos no les detienen. Los que han renunciado á la religión de sus padres confesarán, á lo menos, que si el misionero está firmemente persuadido de que no hay salvación sino en la religión cristiana, el acto por el cual se condena á males inauditos para salvar á un idólatra, es el mayor de cuantos sacrificios pueden llevarse á cabo.

No es de admirar que un hombre, á la vista de todo un pueblo, y á la de sus padres y amigos, se esponga á la muerte por su patria, pues trueca algunos días de vida por siglos de gloria, ilustra su familia y le granjea honores y riquezas. Pero el pobre misionero, cuya vida se consume en el centro de los bosques; que acaba sus días tal vez con espantosa muerte, sin espectadores, sin aplausos, sin ventajas para los suyos; oscuro, despreciado, tenido por loco, necio y fanático, y todo esto por proporcionar una felicidad eterna á un des-

conocido salvaje..... ¿qué nombre tienen esta muerte y este sacrificio?

Consagrábase á las misiones diversas congregaciones religiosas: los dominicos, los franciscanos, los jesuitas, los agustinos y los sacerdotes de las misiones extranjeras.

Habia cuatro clases de misiones.

*Las del Levante*, que comprendían el Archipiélago, Constantinopla, la Siria, la Armenia, la Crimea, la Etiopía, la Persia y el Egipto.

*Las de América*, empezando desde la bahía de Hudson, y subiendo por el Canadá, la Luisiana, la California, las Antillas y la Guayana, hasta las famosas *Reducciones* ó tribus del Paraguay.

*Las de la India*, que incluían el Indostán, la península de uno y otro lado del Ganges, y se extendían hasta Manila y las nuevas Filipinas.

Por último, *las de la China*, á las cuales se agregaban las de Tong-King, de la Cochinchina y del Japon.

Contábase además algunas iglesias en Islandia y entre los negros del Africa. Los ministros presbiterianos han intentado en estos tiempos predicar el Evangelio, pero sin éxito alguno.

Cuando los jesuitas dieron á luz la correspondencia conocida bajo el nombre de *Cartas edificantes*, fue citada y buscada por todos los autores. Apoyábase en su autoridad, y los hechos que contenían se miraban como positivos; pero la moda desacreditó lo que tanto había admirado. Estas cartas estaban escritas por unos sacerdotes cristianos: ¿cómo habían de valer cosa alguna? Se prefirió ó se fingió preferir, á los Viajes de los Dutertres y los Charlevoix, los de un Barón de la Hontan, ignorante ó inexacto. Unos sabios que habían regido los primeros tribunales de la China; que habían vivido treinta y cuarenta años en la misma corte de los emperadores; que hablaban y escribían la lengua indígena; que trataban con los pequeños, y vivían familiarmente con los grandes; que habían recorrido, visto y estudiado las provincias, las costumbres, la religión y las leyes de tan vasto imperio; sabios, cuyos numerosos trabajos han enriquecido las Memorias de la Academia de Ciencias, fueron tratados de impostores por un hombre que no había salido del *Cuartel de los Europeos* en Canton; que no conocía el chino, y cuyo mérito consistía en contradecir groseramente las narraciones de los misioneros. Las embajadas enviadas por naciones poderosas á costa de inmensos gastos, ¿nos han enseñado algo que no nos hubiesen dicho ya los Duhaldo y los Le Comte?

Un misionero debe ser un viajero excelente; porque, precisado á hablar el idioma de los pueblos donde predica el Evangelio, á conformarse con sus usos, á vivir largo tiempo entre todas las clases de la sociedad, á introducirse en los palacios y en las chozas, por escaso que sea su talento, llegará no obstante á recoger multitud de preciosas noticias. No así el que pasa rápidamente con un intérprete, que ni tiene el tiempo ni la voluntad de exponerse á mil peligros para conocer las costumbres: por grande y exacto que sea su genio observador, no puede adquirir sino conocimientos superficiales sobre unos pueblos que desaparecen á su vista casi instantáneamente.

El jesuita tenía sobre cualquier otro viajero la ventaja de la sabiduría, pues los superiores exigían muchas cualidades en los alumnos destinados á las misiones. Para recorrer el Levante, los alumnos debían poseer el griego, el cophto, el árabe, el turco, y algunos conocimientos de medicina; para la India y la China, debían ser astrónomos, matemáticos, geógrafos y mecánicos; la América se reservaba á los naturalistas. Y ¿á cuántos ingeniosos disfraces, piadosos ardidés y mudanzas de vida y costumbres, no les era preciso recurrir para anunciar la verdad á los hombres? En Maduré el misionero se vestía de indio penitente, adoptaba sus usos, se sometía á sus austeridades, siquiera fue-

sen repugnantes ó pueriles; en la China se hacía mandarín y letrado; y cazador y salvaje entre el iroqués.

Casi todas las misiones francesas fueron establecidas por Colbert y Louvois, que comprendieron cuán ventajosas eran á las artes, las ciencias y el comercio. Los padres Fontenay, Tachard, Gerbillon, Le Comte, Bouvet y Videlon fueron enviados á las Indias por Luis XIV: todos eran matemáticos, y el rey mandó se les incorporase á la Academia de Ciencias, antes de su partida.

El padre Bredevent, conocido por su *Disertación físico-matemática*, murió desgraciadamente recorriendo la Etiopía; pero se ha salvado parte de sus trabajos: el padre Sicard visitó el Egipto con dos delineadores que le acompañaron, por disposición de Mr. de Maurepas. Escribió una importante obra intitulada *Descripción del Egipto antiguo y moderno*; precioso manuscrito, que depositado en la Casa profesa de los jesuitas, fue sustraído, sin que haya podido descubrirse el culpable. Nadie podía hacernos conocer mejor la Persia y al famoso Tomás-Koulikan, que el monje Bazin, primer médico de este conquistador, y que le siguió en todas sus expediciones. El padre Cœur-Doux publicó excelentes noticias sobre las telas y los tintes indios; la China nos fue tan conocida como la Francia, pues nos llegaron los manuscritos originales, y las traducciones de su historia, herbarios, geografías y matemáticas chinas; y para que nada faltase á la singularidad de esta misión, el padre Ricci escribió libros de moral en la lengua de Confucio, y aun se tendido en Pekin por un autor elegante.

Los jesuitas del Canadá y de la Luisiana excitaron la industria de los colonos al cultivo y descubrimiento de nuevos objetos de comercio para los tintes y la medicina. Connaturalizando en Europa los insectos, las aves y las plantas exóticas, han aumentado riquezas á nuestras manufacturas, placeres á nuestra mesa y nuevos árboles á nuestros bosques.

Ellos escribieron los anales elegantés ó sencillos de nuestras colonias. ¿Que historia la de las Antillas, por el padre Dutertre. ó la de la Nueva Francia, por Charlevoix! Las obras de estos hombres están llenas de ciencia: eruditas disertaciones, pinturas de costumbres, planes de mejoras, asuntos útiles, reflexiones morales, sucesos interesantes, todo se halla en ellas. La historia de una acacia ó de un sauce de la China, se mezcla con la de un gran emperador, precisado á quitarse la vida; y la conversión de un paria, se enlaza con un tratado acerca de las matemáticas de los brahmas. El estilo de estas relaciones, alguna vez sublime, suele ser admirable por su sencillez.

La astronomía y la geografía recibieron también nuevas luces de estos apóstoles. Un jesuita encontró en Tartaria una hurona á quien había conocido en el Canadá, y por este extraño caso adivinó la existencia de aquel estrecho, que mucho después ha hecho la gloria de los Bering y de los Cook. Gran parte del Canadá y toda la Luisiana fueron descubiertas por los misioneros, quienes conquistaron aquellas costas donde se enriquecía el comercio. Esta es una pequeña parte de los servicios prestados por aquellos hombres.

## CAPITULO II.

### Misiones del Levante.

CADA misión tenía un carácter peculiar, y un género propio de tribulaciones. Los misioneros del Levante ofrecían un espectáculo harto filosófico. ¿Cuán poderosa era la voz cristiana que resonaba en los sepulcros de Argos, y en las ruinas de Esparta y de Atenas! En las islas de Naxos y de Salamina, cuna de aquellas brillantes teorías que hacían volver los ojos

hacia la Grecia, un pobre sacerdote cristiano, disfrazado de turco, se arroja en un esquife, desembarca en un miserable asilo construido bajo unos trozos de columnas, consuela sobre un montón de paja al descendiente de los vencedores de Jerjes, distribuye limosnas en nombre de Jesucristo, y practicando el bien, como se practica el mal, es decir, en las sombras, vuelve en secreto á su desierto.

El sabio que va á estudiar los restos de la antigüedad, en los desiertos del Africa y Asia, tiene no escasos derechos á nuestra gratitud; pero es mas digno de admiración el ignorado Bossuet que explica la palabra de los profetas sobre las ruinas de Tiro y Babilonia.

Dios permitía fuese abundante tal semilla: la mies, en suelo tan fecundo, no podía ser estéril. «Salimos de Serfo, dice el padre Javier, mas consolados que pudiera explicar; el pueblo nos colmaba de bendiciones, y daba mil gracias á Dios, porque nos había inspirado el designio de venir á buscarlo en medio de sus escarpadas rocas.»

Las montañas del Líbano, y las arenas de la Tebaida eran testigos del celo de estos misioneros, hombres dotados de raro ingenio para realizar las mas insignificantes circunstancias. Si describen, por ejemplo, los cedros del Líbano, hablan de cuatro altares de piedra que se veían á su pié, donde los monges maronitas celebraban una misa solemne el día de la Transfiguración. Escúchense aun los acentos religiosos que se confunden con el murmullo de aquellos bosques, cantados por Salomon y Jeremías al estruendo de los torrentes que de las montañas se despeñan.

Al hablar del valle por donde corre el río santo, dicen: «Estas rocas encierran grutas profundas, antiguas celdas de gran número de solitarios, que las habían escogido para que fuesen en la tierra los únicos testigos de su penitencia. Las lágrimas de estos penitentes han dado al río que acabamos de mencionar el nombre del río santo, pues nace en las montañas del Líbano. La vista de las grutas y del río, en tan espantoso desierto, inspiran compunción, amor á la penitencia y compasión á las almas sensuales y mundanas, que prefieren algunos días de placer y alegría á una eternidad de bienaventuranza.»

Esto nos parece perfecto, así en lo relativo al estilo, como respecto de las ideas.

Tenían los misioneros un instinto maravilloso para seguir las huellas del infortunio, y forzarle, por decirlo así, hasta en su última morada. Los presidios y las galeras inficionadas de la peste vieron brillar también su ingeniosa caridad: oigamos al padre Tarillon en su carta á Mr. Pontchartrain:

«Los servicios que hacemos á estas pobres gentes (los esclavos cristianos en Constantinopla), consisten en mantenerlas en el temor de Dios y en la fe; en proporcionarles socorros de la caridad de los fieles; en asistirles en sus enfermedades; y en fin, en ayudarles á bien morir; y aunque esto acarrea no poca sujeción y trabajo, puedo asegurar que Dios nos remunera con grandes consuelos.»

En tiempo de epidemia, como es preciso hallarse en disposición de poder socorrer á los pestilentes, y solo tenemos aquí cuatro ó cinco misioneros, nuestra costumbre es que solo un padre entre en las mazmorras y permanezca en ellas mientras dura la enfermedad; el que obtiene para ello el permiso del superior, se dispone espiritualmente con algun día de retiro, y se despide de sus hermanos, cual si hubiera de morir. Algunas veces consume su sacrificio, pero otras se sus trae á la muerte.»

El padre Santiago Cachod escribe al padre Tarillon: «Ya no me inspiran temor alguno las enfermedades contagiosas: mediante el favor de Dios no sucumbiré á ellas, despues de los azares y peligros que acabo de arrostrar. Salgo del calabozo en que he administrado

los últimos sacramentos á ochenta y seis personas. Durante el día nada me asusta; pero á la noche, durante el breve tiempo de reposo que puedo tomar, siento mi espíritu lleno de pavorosas ideas. El mayor riesgo que he experimentado y acaso experimentaré, ha consistido en verme en la bodega de un buque de ochenta y dos cañones. Los esclavos, de acuerdo con los centinelas, me hicieron entrar allí para que los confesase aquella noche y les dijese misa á la madrugada. Estuvimos encerrados con candados dobles, segun se acostumbra. De cincuenta y dos esclavos á quienes confesé, doce estaban enfermos, y tres murieron antes de mi salida; juzgad que ambiente respiraría en un sitio cerrado y sin ventilación. Dios, que por su bondad me ha salvado en este caso, me salvará en otros muchos.»

Un hombre que se encierra voluntariamente en un calabozo en tiempo de peste; que confiesa ingenuamente sus terrores, y sin embargo los vence por caridad; que se introduce despues á costa de dinero, como si fuera á gozar de placeres ilícitos, en lo profundo de una embarcación de guerra, para asistir á unos esclavos apesados, ese hombre no sigue un impulso natural: aquí hay algo mas que la *humanidad*. Los misioneros lo conocen así, y no se atribuyen á sí mismos estas obras sublimes: «Dios nos da esta fuerza, dicen á cada paso, y ningún mérito nuestro hay en ello.»

Un misionero jóven, no aguerrido aun contra los peligros, como aquellos ancianos cargados de fatigas y palmas evangélicas, se admiró de haberse librado del primer peligro, y temiendo hubiese sido por alguna culpa suya, se mostró humillado. Despues de hacer á su superior la relacion de una peste, en que frecuentemente se había visto precisado á aplicar su oído á la boca de los enfermos para entender sus apagadas palabras, añade: «No he merecido, reverendo padre mio, que Dios haya aceptado el sacrificio de mi vida. Os ruego que oreis al Señor para que olvide mis pecados, y me dispense la gracia de morir por él.»

El padre Bouchet escribe desde las Indias: «Nuestra misión florece mas que nunca, aunque hemos tenido cuatro grandes persecuciones este año.»

Este mismo padre envió á Europa las tablas de los brahmas, de que se sirvió Mr. Bailly en su *Historia de la Astronomía*. La sociedad inglesa de Calcuta no ha dado á luz hasta ahora monumento alguno de las ciencias indias que no hubiesen descubierto ó indicado los misioneros franceses, siendo así que los sabios ingleses, y los soberanos de grandes reinos, dueños de todos los recursos del arte y del poder, debían disponer de mas extensos medios que un pobre jesuita, solo, errante y perseguido. «Si nos presentásemos libremente en público, escribe el padre Royer, se nos reconocería desde luego por el color del rostro. Así es que, para no suscitar á la Religión mayor persecución, permanecemos ocultos todo lo posible. Yo paso días enteros en un barco, de donde no salgo sino de noche para visitar los lugares próximos á la playa, ó bien retirado en alguna casa distante.»

## CAPITULO III.

### Misiones de la China.

Dos religiosos franciscanos, el uno polaco, francés el otro, fueron los primeros europeos que penetraron en la China á mediados del siglo XII. Marcos Pablo, veneciano, y Nicolas y Mateo Pablo, de la misma orden, verificaron mas tarde dos viajes á la misma region. Habiendo descubierto los portugueses el derrotero de las Indias, se establecieron en Macao, y el padre Ricci, de la Compañía de Jesús, resolvió penetrar en aquel vasto imperio del *Catay*, de que tantas maravillas se contaban, y dedicarse al estudio de la lengua china, una de las mas difíciles que se conocen. Su constan-

cia venció todos los obstáculos, y después de muchos peligros y repulsas obtuvo de los magistrados chinos en 1682 el permiso de establecerse en Chouachen.

Ricci, discípulo de Cluvio, y hábil matemático, se atrajo protectores entre los mandarines; ayudado por esta ciencia, y dejando el vestido de los bonzos, tomó el de los letrados. Daba lecciones de geometría en que intercalaba con arte las más preciosas nociones de la moral cristiana. Pasó sucesivamente á Chouachen, Nemchem, Pekin y Nankin; unas veces maltratado, otras recibido con alegría, oponía á todos los reveses una paciencia invencible, sin perder la esperanza de hacer fructificar la palabra de Jesucristo. En fin, admirado el emperador de las virtudes y conocimientos del misionero, le permitió residir en la capital, y le concedió también, como á sus compañeros de trabajos, muchos privilegios. Los jesuitas mostraron gran discreción, y un profundo conocimiento del corazón humano, pues respetaron los usos de los chinos, y se conformaron con ellos en cuanto no eran contrarios á las leyes evangélicas. Pero por todos lados se les suscitaron obstáculos. «Pronto corrompió la envidia, dice Mr. Voltaire, los frutos de su sabiduría; y ese disgusto y malevolencia con que son mirados en Europa la instrucción y los talentos, dieron en tierra con los más vastos designios.»

Ricci bastaba para todo. Respondía á las acusaciones de sus enemigos en Europa, velaba sobre las nacientes iglesias de la China, daba lecciones de matemáticas, escribía en chino libros de controversia contra los letrados que le combatían, cultivaba la amistad del emperador, se conducía con acierto en la corte, y se hacía amar de los grandes por su política. El peso de tantas fatigas aceleró el fin de su vida, y terminó su carrera en Pekin á los cincuenta y siete años de edad, habiendo invertido la mitad en los trabajos del apostolado.

Después de la muerte del padre Ricci, la misión quedó interrumpida por las revoluciones de que fue teatro la China. Pero cuando el emperador tartaro Cun-Chi subió al trono, nombró al padre Adam Schall presidente del tribunal de las Matemáticas. Murió Cun-Chi, y durante la edad de su hijo Cang-Hi, la religión cristiana se vió expuesta á nuevas persecuciones.

Más, como á la mayoría del emperador, se hallase el calendario en gran confusión, fue preciso volver á llamar á los misioneros, y el joven príncipe se adhirió al padre Verbiest, sucesor de Schall, hizo examinar el Cristianismo por el tribunal de los Estados del imperio, y copió la memoria de los jesuitas. Después de un maduro exámen, los jueces declararon que la religión cristiana era buena, y que en nada contrariaba la pureza de las costumbres, ni la prosperidad de los imperios.

¡Digno de los discípulos de Confucio era tal fallo en favor de la fe de Jesucristo! Poco después llamó el padre Verbiest á aquellos sabios jesuitas, que han honrado el nombre francés en Asia.

El jesuita que marchaba á la China, se armaba del telescopio y del compás, y se presentaba en la corte de Pekin con toda la urbanidad de la de Luis XIV, rodeado del brillante séquito de las ciencias y las artes. Desarrollando mapas, haciendo girar globos y trazando esferas, enseñaba á los asombrados mandarines el verdadero curso de los astros, y el nombre verdadero del que los dirige. Disipaba los errores de la física, para disipar los de la moral; imprimía al corazón la sencillez que desterraba del espíritu, é inspiraba con sus costumbres y sabiduría una profunda veneración hácia Dios, al mismo tiempo que una gran estimación á su patria.

En 1711, el emperador de la China dió á los jesuitas tres inscripciones, compuestas por él para una iglesia que se construía en Pekin. La del frontispicio decía: «Al Principio de todas las cosas.»

Sobre una de las dos columnas del peristilo, se leía: «El es infinitamente bueno é infinitamente justo; ilumina, mantiene, y dirige todo con autoridad suprema y soberana justicia.»

La última columna estaba cubierta con estas palabras:

«El no ha tenido principio ni tendrá fin; ha producido todas las cosas desde el principio; él las gobierna y es el verdadero Señor de ellas.»

El pueblo, los mandarines y los letrados abrazaban la nueva doctrina, y las ceremonias del culto eran acogidas por ellos con especial predilección. «Antes de la comunión, dice el padre Premaro, citado por el padre Fouquet, pronuncié en voz alta los actos que preceden á la administración de este divino sacramento; y aunque la lengua china se presta poco á la expresión de los afectos, fueron muy bien recibidos, y advertí en el semblante de aquellos buenos cristianos una devoción que jamás había visto.»

«Loukang, añade el mismo misionero, me había inspirado afición á las misiones campestres. Salí del citado lugar, y encontré á muchos trabajadores á uno y otro lado; me acerqué á uno de ellos, y le hablé de Dios. Me pareció que no le había disgustado lo que le dije, pues me invitó á ir á la Sala de los Antepasados, que es la más hermosa y común á todos los habitantes, porque habiendo observado muy de antiguo la costumbre de no casarse fuera de su país, todos son parientes en el día, y tienen los mismos abuelos. Allí, dejando muchos el trabajo, accedieron á oír la santa doctrina.»

¿No es esta una escena de la Odisea ó más bien de la Biblia?

Un imperio, cuyas inalterables costumbres desafiaron por espacio de dos mil años el tiempo, las revoluciones y las conquistas, mudó de faz á la voz de un monge cristiano, que saliera sin amparo de algún rincón de Europa. Las preocupaciones más arraigadas, los más antiguos usos, y una creencia religiosa consagrada por los siglos, se desvanecieron al nombre del Dios del Evangelio. En el momento en que escribimos, en el momento en que el Cristianismo se ve perseguido en Europa, se propaga por la China. El fuego que se creyera apagado, háse avivado, pues así acontece siempre después de las persecuciones. Esto prueba cuánto han desconocido el espíritu del Cristianismo los que creyeron aniquilarlo y extinguirlo apelando á la violencia. La verdadera religión se acrecienta en la adversidad, muy al contrario de lo que acontece respecto de las cosas humanas. Dios le impuso el mismo sello que á la virtud.

#### CAPITULO IV.

##### MISIONES DEL PARAGUAY.

##### Conversion de los salvajes.

MIENTRAS el Cristianismo brillaba en medio de los adoradores de Fo-Hi; mientras otros misioneros lo anunciaban á los nobles japoneses, ó lo introducían en la corte de los sultanes, se le vió penetrar, por decirlo así, hasta en los nidos de las selvas del Paraguay, para civilizar aquellas naciones indias, que vivían como pájaros en las ramas de los árboles. Maravilloso por cierto es el culto que reúne, cuando quiere, las fuerzas políticas á las morales, y que por su riqueza de medios crea gobiernos no menos sabios que los de Minos y Licurgo. Cuando la Europa no poseía aun sino constituciones bárbaras, formadas por el tiempo y la casualidad, la religión cristiana hacía revivir en el Nuevo-Mundo los milagros de las legislaciones antiguas: las hordas errantes de los salvajes del Paraguay fijaban su domicilio, y á la palabra de Dios surgía una república evangélica del seno de los desiertos.

Y cuáles eran los eminentes genios que tales maravillas reproducían? Unos simples jesuitas, contrariados frecuentemente en sus designios por la avaricia de sus compatriotas.

Era costumbre en la América española, destinar á los indios á los trabajos de las minas. En vano había protestado el clero secular y regular contra una medida tan impolítica como bárbara. Resonaron en los tribunales de Méjico y del Perú y en la corte de Madrid, las quejas de los misioneros. «No pretendemos, decían á los colonos, oponernos á la utilidad que podáis reportar de los indios, por medios legítimos; pero harto sabéis que nunca ha sido la intención del rey que los mireis como esclavos, y que la ley de Dios os lo prohíbe.... No creemos sea permitido atentar á su libertad, á la que tienen un derecho natural, que por ninguna autoridad puede serles disputado.»

Quedaba aun al pié de las Cordilleras y á la parte que mira al Atlántico, entre el Orinoco y el Rio de la Plata, un país inmenso, poblado de salvajes, en cuyos espesos bosques se propusieron los misioneros formar una república cristiana, y proporcionar á un pequeño número de indios la felicidad de que no habían podido rodear á todos.

Al efecto, empezaron consiguiendo de la corte de España la libertad de todos los salvajes que llegasen á reunirse. Los colonos se sublevaron, y solo á fuerza de ingenio pudieron los jesuitas librarse de la muerte en los desiertos del Nuevo-Mundo. Vencedores al fin de la codicia y de la malignidad humana, meditaron uno de los más nobles designios, y se embarcaron para el Rio de la Plata:

En este rio confluye otro, que ha dado su nombre al país y á las misiones cuya historia describimos. *Paraguay*, en lengua salvaje, significa el *rio coronado*, porque nace en el lago Jarayes, que le sirve como de corona. Antes de engrosar con sus aguas las del Rio de la Plata, recibe las del *Parana* y del *Uruguay*. Unos bosques que ocultan otros de inmemorial caducidad, lagos inmensos, llanuras inundadas por las lluvias, y altas montañas que levantan desiertos sobre desiertos, forman una parte de las inmensas regiones que riega el *Paraguay*, abundantes en todo género de caza, tigres y osos; los bosques están llenos de abejas que fabrican una cera muy blanca, y una miel muy aromática; abundan también en aquellas feraces comarcas, aves de brillante plumaje, que parecen grandes flores rojas y azules sobre el verdor de los árboles. Un misionero francés hace de estas soledades la pintura siguiente:

«Proseguí mi camino, sin saber á donde iba, y sin hallar persona que me sirviese de guía, admirando algunas veces encantadores paisajes. Todo cuanto el estudio é industria de los hombres han imaginado para hacer ameno un sitio, no iguala las bellezas con qué la naturaleza ha enriquecido aquellas selvas.»

«Estas me renovaron mis ideas de otro tiempo, al leer las vidas de los antiguos solitarios de la Tebayda; me asaltaron pensamientos de pasar allí el resto de mis días, pues creí, que la Providencia me había conducido para atender únicamente al negocio de mi salvación, lejos de todo comercio humano; pero como no era dueño de mi destino, debiendo considerar las órdenes de mis superiores como dictadas por el Señor, deseché este propósito como una ilusión.»

Aquellos indios presentaban un aspecto espantoso. Raza indolente, estúpida y feroz, mostraba en toda su deformidad al hombre primitivo, degradado por su caída. Nada prueba más la degeneración de la naturaleza humana que la pequeñez del salvaje en la grandeza del desierto.

Habiendo llegado los misioneros á Buenos-Aires, volvieron á subir el Rio de la Plata, y entregándose á las aguas del *Paraguay*, se dispersaron por los bosques. Las relaciones antiguas nos los representan con

el breviario bajo el brazo izquierdo, una cruz en la mano derecha, y sin más provision que su confianza en Dios, abriéndose camino por entre las selvas, caminando por tierras pantanosas, con el agua á la cintura, trepando escarpadas rocas, y deslizándose en las cuevas y precipicios, á riesgo de encontrar serpientes ó fieras en lugar de los hombres que buscaban.

Muchos murieron de hambre y fatiga, otros fueron devorados por los salvajes. El padre Lizardi fue hallado sobre una roca atravesado á flechazos, maltratado por las aves de rapiña, y á su lado el breviario abierto por el Oficio de difuntos. Cuando un misionero hallaba así las reliquias de uno de sus compañeros, le dispensaba los honores fúnebres, y lleno de alegría, entonaba un *Te Deum* solitario sobre la tumba del mártir.

Estas escenas, á cada instante renovadas, admiraban á los bárbaros, que algunas veces se detenían en derredor del desconocido sacerdote que les hablaba de Dios, y miraban al cielo, que el apóstol les mostraba; otras, huían de él como de un encantador, poseídos de extraordinario espanto, pero el religioso les seguía extendiéndoles los brazos en nombre de Jesucristo, y cuando no podía detenerlos, plantaba su cruz en un paraje descubierto y se ocultaba en el monte; entonces, los salvajes se acercaban poco á poco al estandarte de paz levantado en su soledad, atraídos al parecer por cierto secreto iman hácia el emblema de la Redención. El misionero salía de la emboscada, y aprovechando su sorpresa, les convidaba á trocar una vida miserable por las delicias de la sociedad.

Reunidos ya por los jesuitas algunos indios, valiéronse de otro medio para cautivar las almas. Habían observado que aquellos salvajes eran muy aficionados á la música; y aun se dice que las aguas del Paraguay hacían sonora la voz. Embarcáronse, pues, con sus nuevos catecúmenos en piraguas, y subieron á lo largo de los rios, cantando cánticos sagrados, que los neófitos repetían así, los reclamos del cazador cantan para atraer á sus redes las aves. Cayeron los indios en tan dulce lazo, y bajando de sus montañas, corrían á la orilla de los rios para escuchar aquellos acentos, y muchas veces se arrojaban al agua y seguían á nado la encantada nave. Caían el arco y la flecha de la mano del salvaje, que empezaba á sentir en su alma confusa el anticipado amor á las virtudes sociales, y á las primeras dulzuras de la humanidad; veía á su mujer é hijos llorar con desconocida alegría, y subyugado por un atractivo irresistible, caía á los piés de la cruz, mezclando torrentes de lágrimas con las aguas regeneradoras que bañaban su cabeza.

Así realizaba la religión cristiana en las selvas de América la hermosa fábula de los Anfiones y Orfeos; reflexion tan natural ocurrió también á los misioneros: ¡tan cierto es que referimos una verdad, aunque al parecer describamos una ficción!

#### CAPITULO V.

##### CONTINUACION DE LAS MISIONES DEL PARAGUAY.

##### República cristiana. Felicidad de los indios.

Los primeros salvajes que se reunieron á la voz de los jesuitas, fueron los *Guaranis*, pueblos extendidos á lo largo del *Parapané*, del *Pirapé* y del *Uruguay*, y compusieron una numerosa tribu bajo la dirección de los padres Maceta y Cataldino, cuyos nombres deben ser conservados entre los bienhechores de los hombres. Esta tribu se llamó *Loreto*; y al paso que iban erigiéndose las iglesias indias, fueron comprendidas bajo el nombre general de *Reduccion*. En pocos años llegaron á treinta, y formaron aquella célebre *República cristiana*, que parecía un resto de la antigüedad, descubierto en el Nuevo-Mundo, confirmando así en nuestros tiempos la grande verdad reconocida por Roma y Grecia: esto es, que no se civilizan los

hombres, ni se fundan los imperios con principios abstractos de filosofía, sino mediante el establecimiento de la Religión.

Cada lugar se gobernaba por dos misioneros, que dirigían los negocios espirituales y temporales de las pequeñas repúblicas, en que ningún extranjero podía permanecer más de tres días; y para evitar todo comercio que pudiese corromper las costumbres de los nuevos cristianos, habíase prohibido aprender á hablar la lengua española, que todos los neófitos sabían leer y escribir correctamente.

En cada Reducción había dos escuelas: una de primeras letras, otra de baile y música. Este último arte, fundamento de las leyes de las antiguas repúblicas, era particularmente cultivado de los *Guaranis*, que sabían construir órganos, harpas, flautas, guitarras, é instrumentos militares.

Al llegar un niño á la edad de siete años, los dos religiosos observaban su genio. Si le parecía idóneo para los oficios mecánicos, se le destinaba á uno de los talleres de la Reducción para que aprendiese el oficio á que se inclinaba, pues los primeros jesuitas habían aprendido las artes útiles para enseñarlas á los indios, sin necesidad de extranjeros recursos.

Los jóvenes inclinados á la agricultura se incluían en el gremio de labradores, y los que aun conservaban afición á su primer género de vida errante, vagaban vigilando los ganados.

Las mujeres trabajaban separadas de los hombres, en sus casas. Al principio de la semana se les distribuía una cantidad determinada de lana ó algodón, que debían entregar labrada en la noche del sábado; y en las horas de ocio se ocupaban en proporcion á sus fuerzas en las faenas agrícolas.

No había mercados públicos, porque en señalados días se repartía á cada familia lo necesario para la vida, y uno de los misioneros cuidaba de que la repartición se adaptase al número de moradores de cada cabaña.

Los trabajos empezaban y acababan á son de campana, la que se tenía al rayar el alba, y al punto se reunían los niños en la iglesia, donde su matutino concierto duraba como el de los pajarillos, hasta salir el sol. Hombres y mujeres asistían después á la misa, desde donde iban á sus labores, y al declinar el día, la campana llamaba otra vez á los nuevos ciudadanos al templo, y se cantaba la oración de la tarde á dos coros y con gran música.

Como la tierra estaba dividida en muchas porciones, cada familia cultivaba una, para ocurrir á sus necesidades. Había además un campo público llamado la *Poseion de Dios*, cuyos frutos estaban destinados para suplir las malas cosechas, mantener las viudas, huérfanos y enfermos, y servir de recurso en tiempo de guerra. Si al fin del año quedaba algún remanente del tesoro público, se aplicaba al culto y al pago del tributo del escudo de oro que cada familia pagaba al rey de España.

El cuerpo militar, civil y político de estas Reducciones se componía de un *cacique* ó jefe de guerra, de un *corregidor* para la administración de justicia, y de los *regidores* y *alcaldes* para la policía y dirección de los trabajos públicos. Estos magistrados eran nombrados por la asamblea general de los ciudadanos, aunque parece no podían ser elegidos sino de entre los sujetos propuestos por los misioneros: ley tomada del senado y del pueblo romano. Había además un jefe llamado *fiscal*, especie de censor público elegido por los ancianos, encargado de un registro de los hombres útiles para el manejo de las armas. Un *teniente* cuidaba de los niños, los conducía á la iglesia, y acompañaba á las escuelas con una varita larga en la mano, debiendo además dar cuenta á los misioneros de sus observaciones acerca de las costumbres, carácter, cualidades y defectos de sus discípulos.

Por último, estaba dividida la tribu en muchos cuar-

teles, y cada uno de estos tenía un celador. Como los indios son naturalmente indolentes é imprevisores, había un encargado de vigilar todo lo concerniente á la agricultura, que examinaba los arados, y obligaba á los cabezas de familia á sembrar sus tierras.

Si alguno infringía las leyes, se le reprendía en secreto la primera falta; la segunda era castigada con penitencia pública en las puertas de la iglesia, como entre los primeros fieles, y la tercera con azotes; no obstante, apenas hay ejemplar en siglo y medio que duró aquella república, de que indio alguno hubiese menester de semejante castigo. «Todos sus defectos son pueriles, dice el padre Charlevoix; y aunque lo son en muchas cosas durante toda su vida, tienen por otra parte todas las buenas cualidades.»

Los perezosos eran condenados á cultivar una porción mas extensa del campo comun; convirtiendo así con sabia economía los mismos defectos de aquellos hombres inocentes en provecho de la pública prosperidad.

Procurábase casar pronto á los jóvenes para evitar el libertinaje. Las mujeres sin hijos se retiraban durante la ausencia de sus maridos á una casa particular llamada *Casa de Refugio*. Los dos sexos estaban separados casi del mismo modo que en las repúblicas griegas, y en la iglesia tenían bancos distintos y puertas diferentes, por donde salían sin confundirse.

Todo estaba ordenado, hasta el vestido adecuado á la modestia sin perjuicio de las gracias. Las mujeres llevaban una simple túnica blanca, ceñida por la cintura; sus brazos y piernas se mostraban al descubierto, y su tendido cabello les servía de velo.

Los hombres vestían como los antiguos castellanos: cuando iban al trabajo, cubrían tan noble traje con un saco de tela blanca; pero los que se habían distinguido por algun rasgo de valor ó de virtud, lo llevaban de color de púrpura.

Los españoles, y especialmente los portugueses del Brasil, hacían algunas escursiones por las tierras de la *República cristiana*, y solían llevarse algunos desgraciados que reducían á esclavitud. Deseando los jesuitas remediar estos males, obtuvieron con astucia, de la corte de Madrid licencia para armar sus neófitos. Proveyéronse, pues, de las primeras materias, establecieron fundiciones de artillería, fábricas y molinos de pólvora, y adiestraron para la guerra á unos hombres á quienes no se quería dejar en paz. Reunióse todos los lunes una milicia regular para maniobrar y pasar revista ante un *cacique*, habiéndose señalado premios para los ballesteros, portalanzas, honderos, artilleros y mosqueteros. Cuando los portugueses volvieron á presentarse, en lugar de algunos labradores tímidos y dispersos, hallaron batallones que los destrozaron y persiguieron hasta el pie de sus fortalezas, echándose de ver que la nueva tropa no retrocedía, y que se reunía sin confusion bajo el fuego enemigo. Tal era su ardor en los ejercicios militares, y se entusiasmaba de manera, que muchas veces fue necesario contenerlos para evitar algun descalabro.

Era, pues, el Paraguay un estado sin los inconvenientes de una constitucion enteramente guerrera, como la de los lacedemonios, y sin los de una sociedad del todo pacífica, como lo era la fraternidad de los Cuáqueros. Resolvióse el gran problema político: viéronse reunidas la agricultura que funda, y las armas que conservan, pues los *Guaranis* eran cultivadores sin ser esclavos, y guerreros sin ser feroces. Inmensas y sublimes ventajas debidas á la religion cristiana, y de que no pudieron gozar bajo el politeísmo, los griegos ni los romanos.

Observábase en todo, ese sabio término medio, puesto que la *República cristiana* ni era exclusivamente agrícola, ni enteramente belicosa, ni carecía de los beneficios de las letras y del comercio: nada se había olvidado en ella, y solo abundaba en fiestas. No

era tétrica como Esparta, ni frívola como Atenas; el ciudadano no se veía agoviado con el trabajo, ni afeinado por el placer. En fin, limitando los misioneros la atención de la multitud á las primeras necesidades de la vida, supieron distinguir en su rebaño á los niños aquellos á quienes la naturaleza había dotado de disposición para mas altos destinos, y atentos al consejo de Platon, separaban á los que descubrían talento, para instruirles en las letras y las ciencias. Estos niños escogidos llamábanse la *Congregacion*, y eran educados en una especie de seminario, donde se les hacia observar con toda rigidez el silencio y el retiro, sometidos á los estudios de los discípulos de Pitágoras. Reinaba entre ellos tal emulacion, que bastaba amenazarles con que serian enviados á las escuelas comunes, para que cualquier discípulo se entregase á la desesperacion. De esta escogida grey salieron, andando el tiempo, los sacerdotes, los magistrados, y los héroes de la patria.

Las Reducciones ocupaban un territorio bastante dilatado, regularmente á la orilla de un rio, ó en una hermosa situacion. Las casas eran de idéntico aspecto y de un solo piso, y las calles anchas y rectas. En el centro de la poblacion se veía la plaza pública, formada por la iglesia, la casa de los padres, el arsenal, el granero comun, la casa de refugio, y el hospicio para los extranjeros. Las iglesias eran hermosas, muy adornadas, y sus paredes estaban cubiertas de cuadros separados con festones de flores y hojas de un verde natural. Los días de fiesta se vertían aguas olorosas en la nave, y el santuario estaba cubierto de lianas deshojadas.

El cementerio, á espaldas del templo, formaba un cuadrilongo cercado de paredes á la altura del pecho. Alrededor había una calle de palmeras y cipreses, y dentro le atravesaban otras de limoneros y naranjos: la de en medio conducía á una capilla, en donde todos los lunes se celebraba una misa por los difuntos.

Desde la extremidad de las calles partían filares de los árboles mas hermosos y corpulentos, hasta llegar á otras capillas construidas en el campo, que se veían en perspectiva: estos monumentos religiosos servían de término á las procesiones en los días de grandes solemnidades.

El domingo, después de la misa se celebraban los desposorios y los matrimonios, y por la tarde se administraba el bautismo á los catecúmenos y á los niños. Estos bautismos se practicaban como en la primitiva Iglesia mediante las tres inmersiones, con los mismos cantos, y vestidos de lino.

Las principales fiestas de la Religión se anunciaban con extraordinaria pompa. La víspera se encendían hogueras en señal de regocijo, se iluminaban las calles, y los niños bailaban en la plaza pública. Al despuntar el día, se presentaba la milicia sobre las armas, precedida del *cacique* de guerra cabalgando en un arrogante caballo, y caminando bajo el dosel que dos caballeros llevaban á sus lados. Al medio día, después de los Oficios divinos, se daba un banquete á los extranjeros, si los había en la república, y se permitía beber un poco de vino. Por la tarde había carreras de sortija, á que asistían los dos jesuitas para distribuir los premios á los vencedores; y al anochecer daban la señal, y entonces aquellas venturosas familias iban á gozar de las dulzuras del sueño.

Pero el espectáculo más extraordinario en aquel pueblo antiguo por su organizacion, aunque moderno por su origen, era el de la fiesta del Santísimo Sacramento. Los jesuitas habían introducido las danzas en ellas á uso de los griegos, porque nada debía temerse respecto de las costumbres de unos cristianos de tal inocencia. Insertaremos aquí, la descripción del padre Charlevoix.

«He dicho que ningún objeto de valor intrínseco se ve en esta fiesta; pero todas las bellezas de la naturaleza contribuyen á ella con tanta sencillez y variedad

que la representan en toda su perfeccion y hermosura, ó, por mejor decir, está allí viva, porque sobre las flores y las ramas de los árboles que forman los arcos triunfales por donde pasa el Santísimo Sacramento, se ven revolotear infinitos pájaros de todos colores, atados por las patas con unos hilos tan largos, que parece están sueltos, y que han venido libremente á mezclar sus gorgeos con el canto de los músicos y de todo el pueblo, y á bendecir á su modo á aquel, cuya providencia jamás les falta.

«De trecho en trecho hay tigres y leones bien sujetos para que no turben la fiesta, y hermosísimos peces que nadan en unos estanques; en una palabra, allí asisten seres de todas clases, como diputados de sus respectivas especies, para prestar el debido homenaje al Hombre-Dios en su augusto Sacramento.

«Ni faltan allí esas cosas que nos sirven en los grandes regocijos; las primicias de todos los frutos para ofrecerlas al Señor, y la semilla que ha de sembrarse para que le bendiga. El canto de las aves, el rugido de los tigres y los leones, se oyen sin confusion, formando un solo concierto.

«Luego que el Santísimo Sacramento entra en la iglesia, se presentan á los misioneros todos los manjares que han estado expuestos en la carrera. Lo mejor se lleva á los enfermos, y lo demás se distribuye entre el pueblo. Por la noche hay fuegos artificiales, como en todas las grandes solemnidades y en los días de público regocijo.»

Nadie extrañará, que con un gobierno tan paternal y conforme al carácter sencillo y pomposo del salvaje, los nuevos cristianos fuesen los mas puros y venturosos de los hombres. La mudanza de sus costumbres era un milagro patente al Nuevo-Mundo. Ese espíritu de crueldad y venganza, ese abandono á los vicios mas groseros, que caracterizan las tribus indias, habíanse trocado en mansedumbre, paciencia y castidad. Júzguese si no de sus virtudes por la expresion sencilla del obispo de Buenos-Aires: «Señor, escribía á Felipe V, en estas numerosas tribus, compuestas de indios naturalmente inclinados á todo género de vicios, reina tal inocencia, que no creo se cometa en ellas un solo pecado mortal.»

Entre aquellos salvajes cristianos no había que deplorar litigios ni querellas, ni se conocían el *tuyo* ni el *mío*, pues, como observa Charlevoix, el que se halla siempre dispuesto á partir lo poco que tiene con los que lo necesitan, nada tiene suyo. Provistos con abundancia de las cosas necesarias á la vida; gobernados por los mismos hombres que los habían sacado de la barbarie, y á quienes miraban con razon como una especie de divinidades; gozando en sus familias y en su patria de los sentimientos mas dulces de la naturaleza; conociendo las ventajas de la vida civil, sin haber salido del desierto, y los encantos de la sociedad, sin haber perdido los de la soledad; aquellos indios pedían jactarse de gozar una felicidad sin ejemplo en la tierra. La hospitalidad, la amistad, la justicia y las tiernas virtudes brotaban naturalmente de sus corazones á la voz de la Religión, bien así como el olivo deja caer sus maduros frutos al soplo de apacibles vientos. Muratori pintó exacta y lacónicamente aquella república cristiana, intitulado la descripción que hizo de ella: *Il Cristianesimo felice*.

Parécenos que al leer esta historia, se despertará un solo deseo: el de atravesar los mares, y alejarse de la agitacion y las revoluciones para correr en busca de una vida oscura en las cabañas de los salvajes, y de un apacible sepulcro á las sombras de las palmeras de sus cementerios. Mas ¡ah! Los desiertos no son bastante profundos, ni harto dilatados los mares para librar al hombre de los dolores que le asedian. Siem-